

# ¿Es el imperialismo un asunto del pasado?

**Guillermo Maya\***

Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

<https://doi.org/10.15446/ede.v33n62.108996>

Existe la ilusión o pretensión de que todos los países gozan de una soberanía plena y que son entidades políticas iguales. Sin embargo, la realidad es completamente distinta. La relación entre naciones es una relación de poder. Es decir, hay países que son dominantes y otros subordinados, y otros que son intermedios con mas grados de libertad que los segundos. Si bien Inglaterra dominó el mundo en el siglo XIX, a lo largo de tres continentes —Asia, África y América—, Estados Unidos (EE. UU.) tomó la hegemonía mundial en el siglo XX, después de la segunda postguerra, como líder del “mundo libre” pero no se considera a si mismo como un imperio, sino una república constitucional.

En el libro de Atul Kohli (2020), profesor de relaciones internacionales de la Universidad de Princeton, *Imperialism and the Developing World: How Britain and the United States Shaped the Global Periphery*, el autor convierte al imperialismo en una concepto necesario para comprender el siglo XIX, pero también el presente, desde la perspectiva de los países periféricos.

El imperialismo moderno no busca la ocupación del territorio, como los imperios antiguos. El imperialismo es una relación de poder, que necesariamente no incluye la ocupación del territorio e imposición de un gobierno extranjero, como en el pasado colonial. Un estado poderoso busca controlar política y económicamente a otros estados débiles a través de medios diplomáticos, como el convencimiento, la coerción, o por la fuerza. El control directo o formal se expresa a través de la ocupación militar como en caso del colonialismo territorial que fue impulsado por “la ausencia de un gobierno centralizado en los países periféricos” (p. 406) que sirviera los intereses del Imperio.

El control indirecto o informal, una variante de la anterior, y más sugestiva, se basa en las relaciones de consentimiento en el que las élites locales aceptan su papel subordinado, al mismo tiempo que se benefician en hacerlo; es el costo de la dominación informal para el imperio. De acuerdo con Kohli (2020), “el establecimiento y mantenimiento de los gobiernos pro-estadunidenses en el poder ha sido la principal ruta para el imperio informal estadounidense” (p. 408). EE. UU. también usa la colaboración con otros países industriales con los que comparte intereses en la variante informal del imperio. Igualmente, este país ha promovido un sistema de instituciones

---

\* Profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia (Medellín, Colombia). Correo electrónico: [gmaya@unal.edu.co](mailto:gmaya@unal.edu.co)

multilaterales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), entre otros, con el objetivo de promover la prosperidad general como cortina para lograr sus propios intereses. EE. UU. no tiene amigos, tiene intereses, no solo es un lema conocido hace tiempos, sino una realidad.

En ambos casos la soberanía nacional queda sometida o subordinada a los intereses económicos nacionales del imperio.

El objeto del imperialismo es la búsqueda de oportunidades económicas, mercados y el control de las fuentes de recursos naturales en beneficio de la nación hegemónica. Según Kholi (2020), los estados buscan su prosperidad económica como fin, debido a que la élite estatal cree que el poder nacional es el fruto de una economía próspera, y descarta la justificación ideológica de las explicaciones ofrecidas para justificar el uso de la fuerza: “las misiones civilizadoras, la defensa de los valores liberales o la protección de los derechos humanos”, afirma Dasguta (2020) en su comentario sobre la obra de Kohli (2020).

El poder imperial se caracteriza por tres elementos: uno, el poder de veto sobre las políticas clave en los estados clientes. Dos, en circunstancias normales, la élites metropolitana y periférica colaboran. Tres, cuando esta relación es desafiada, el poder imperial usa la coerción y hasta la violencia para el logro de sus objetivos.

Gran Bretaña, el poder imperial del siglo XIX, usó la fuerza en Egipto y China para mantener el acceso económico a sus recursos, pero a medida que se hizo más competitiva, su élite estatal entendió que la expansión económica requería de economías abiertas en la periferia, en vez de conquistarlas con los altos costos económicos que conllevaba, para facilitar el comercio, la inversión y las oportunidades financieras para sus empresas nacionales. La utilización de la fuerza fue rara en Argentina o Brasil por parte de Gran Bretaña.

EE. UU. en el siglo XX, también entendió que, para el logro de sus intereses económicos, era necesario abrir las economías periféricas: “abrir las puertas de los otros se convirtió en la ideología estadounidense del imperio informal en el siglo XX” (Kohli, p. 393), especialmente después de la segunda postguerra. Aquellos que se interponían a sus políticas, comunistas o nacionalistas, tenían que controlarlos o domesticarlos, y cuando encontraban gobiernos recalcitrantes, se pasó a la desestabilización y al uso de la fuerza; y, para sostener la apertura fue necesario instalar y mantener regímenes subordinados pero estables en el poder de los estados clientes.

Incluso, hay algunos países que crecen, como Argentina, bajo el imperialismo informal británico, pero en este caso “Argentina fracasó en diversificar y hacer más compleja su economía con un base industrial” (p. 415). También hay otras que no crecen como es el caso de Egipto.

Además, dice Dasguta (2020), las intervenciones de EE. UU. en:

Irak o Vietnam, Argentina o Irán, de los Estados Unidos se vuelven comprensibles y coherentes solo cuando se entienden dentro de un marco de búsqueda de su interés económico nacional, y no como decisiones singulares o contingentes de tal o cual grupo de actores. En otras palabras, no se puede hablar de política exterior estadounidense sin el vocabulario conceptual del imperio.

La aplicación del Consenso de Washington (CW), desarticulando el modelo cepalino de sustitución de importaciones que fue muy exitoso entre 1950-1980. En América Latina (AL) abrió la economía y la coerción fue deliberada y poderosa para restringir seriamente la elección de políticas económicas de los gobiernos, a pesar de que los prospectos eran muy poco favorables para el crecimiento económico, como en realidad lo fueron. Frente a la crisis de la deuda de los años de 1980 en AL, la prioridad de los EE. UU. fue asegurar la solvencia de sus bancos, recibiendo las amortizaciones del capital y los intereses, y utilizó al FMI, a BM y otras instituciones multilaterales para que se hicieran cargo de la situación, mediante los llamados “ajustes estructurales” que condujeron a que las economías latinoamericanas arrojaran superávits primarios (excedentes sobre el gasto, sin contar intereses, y los impuestos) que se dedicaran al pago de las deudas.

Por lo tanto, “Las políticas del CW se implementaron con el discurso de que eran políticas favorables al crecimiento, aunque se entendía que, bajo estos esquemas, el CW pondría en peligro el crecimiento económico de la región” (p. 403).

Sin embargo, a EE. UU. tampoco le tiembla la mano para el uso la fuerza, como sucedió en los casos en que no le fue posible domesticar a sus opositores como en Vietnam e Irak, con guerras de aflicción con costos enormes en vidas, locales y estadounidenses, aunque entendía que es más barata la cooperación que la fuerza.

¿Por qué hay imperialismo? Porque esos países ganan con sus acciones que son dirigidas por el interés nacional, de las élites gobernantes y económicas, que son autónomas en los logros de sus objetivos y por lo tanto no siempre coinciden, como argumentan los marxistas que entienden el imperialismo como un asunto meramente de los intereses de la élite económica, o los realistas que entienden el imperialismo como un asunto de seguridad del estado, un asunto político.

Kholi (2020) desde una perspectiva weberiana afirma que el Estado y la clase, la autoridad y la asociación, son dominios autónomos de la actividad humana que se influyen mutuamente. El interés económico nacional impulsa el imperialismo, es decir, tanto en interés del poder estatal y los intereses de la ganancia de la élite económica; pero no siempre coinciden, como suponen los marxistas (Kholi, 2020). Además, este punto de vista crítico, afirma Kholi (2020), es consistente con las preferencias normativas por la socialdemocracia y la soberanía nacional en el mundo moderno.

Hay varias diferencias entre el imperialismo de británico y el de los EE. UU. La primera es que la economía continental estadounidense en el siglo XX fue más autosuficiente, en comparación con las islas británicas, por lo tanto EE. UU. buscó los mercados de ultramar, pero sin hacerlo desesperadamente, por necesidad.

Una segunda diferencia es que la emergencia de la democracia en las metrópolis y la política de masas en la periferia ha alterado la naturaleza del imperialismo. El nacionalismo y la política de masas en el siglo XX alteró las estructuras sociales de los países periféricos. Por lo tanto, “el imperialismo moderno se enfrenta, no a las élites locales, de marajás, pachás, sultanes, jefes tribales que colaboraron con los británicos, sino con la emergencia de la política de masas” (p. 410) que es menos domesticable y mucho más sensible a los derechos nacionales de la soberanía. Por lo tanto, imponer un orden imperial en el mundo contemporáneo es una tarea mucho más complicada cuando se confronta a los nacionalistas movilizados.

Una tercera diferencia, es que el imperialismo ha cambiado de objetivo. En el siglo XIX fue el libre comercio, mientras en el siglo XX y posteriormente, fue la protección de las inversiones en el extranjero, la preocupación por las finanzas, sin renunciar a la apertura de los mercados.

¿Es el imperialismo una fuerza positiva? Para muchos sí lo ha sido. Sin embargo, los costos han sido enormes, y los imperios siempre han encubierto sus intereses políticos y económicos con las banderas del progreso y la civilización.

## ¿Es China el próximo imperio?

¿Cuál será la trayectoria de la hegemonía imperial estadounidense? ¿habrá imperios emergentes, como China, que siga los pasos de Gran Bretaña y de EE. UU? Los EE. UU. no necesitan de un imperio, como sí lo necesitaban los británicos, dados su tamaño y sus vastos recursos. Además, ha logrado más, en cuanto a sus objetivos, con medios encubiertos o indirectos que a través de medios directos o militares. EE. UU. no quiere colonias, quiere estados clientelares y subordinados en la periferia que exporten commodities.

Pero, cuando la democracia se hace extensiva en la periferia, los gobiernos clientelares son cada vez más confrontados por la política de masas nacionalistas, lo que coloca a los EE. UU. en el dilema de intervenir o no.

Ni las normas globales ni la opinión pública podrá convertir al imperialismo en una reliquia del pasado. Por lo tanto, el camino más probable para los EE. UU. es que siga buscando sus intereses económicos sin intervenciones militares, pero sí con algunas operaciones encubiertas. Sin embargo, le quedará muy difícil administrar su gran excedente de poder militar, que hace que de tiempo en tiempo ignore los costos de las intervenciones y por lo tanto las repita, dejando los costos monetarios sobre las espaldas de los ciudadanos con los impuestos, y las muertes por parte de los soldados estadounidenses.

La expansión china, por su parte, refleja sus enormes necesidades de materiales y recursos para satisfacer sus intereses económicos. Muchos países periféricos vienen dependiendo crecientemente de China en sus exportaciones, así como en el financiamiento de la inversión

en infraestructura y explotación de los recursos y la producción de commodities. Sin embargo, todavía no se puede decir que “China esta construyendo su imperio informal” (p. 422).

Después de cuatro décadas de crecimiento continuo a tasas espectaculares, China produce el 25% del PIB industrial del mundo, y tiene las reservas de moneda extranjeras más grandes en comparación con otros países.

Además, China compró en 2015 mas del 50% de las importaciones globales de acero, hierro, aluminio y de soya. Las exportaciones chinas son principalmente manufacturas. Por otro lado, las inversiones extranjeras directas chinas también han crecido para la producción de recursos que satisfagan las necesidades chinas de crecimiento y desarrollo.

Si bien puede ser cierto que la expansión económica de China sea similar a la seguida por Inglaterra y EE. UU., en el pasado, los mecanismos no lo son. La economía abierta creada por los EEUU le ha servido a los intereses chinos, tanto para satisfacer su demanda de commodities (materias primas) así como para exportar su creciente producción manufacturera. Al mismo tiempo, China ha prolongado la supervivencia del CW, y cuando tiene oposición, China ha preferido los sobornos a la fuerza. En caso de que llegue a usar la fuerza en contra de algunos países endeudados con ella, como Pakistán, ingresaría a los países imperialistas, pero hasta ahora “el uso de la fuerza ha sido de significancia marginal” (p. 424), dice Kohli (2020).

Por último, ¿tiene futuro el imperialismo? Kohli (2020) llama la atención sobre que se tiende a ser benevolente con el pasado. Sin embargo, para mejorar el presente hay que enmendar las equivocaciones pasadas, “por lo tanto, en un mundo de estados-naciones es importante fortalecer los acuerdos, e instituciones, que desestimulen a los estados poderosos a imponer su voluntad sobre los débiles” (p. 420). Tampoco, se debe permitir que los estados fuertes definan lo qué es correcto, como hasta ahora.

## Referencias

- [1] Dasguta, S. (2020, 10 de diciembre). The American Empire Across the Globe. *The Indian Forum*. <https://www.theindiaforum.in/article/american-empire-across-globe>
- [2] Kohli, A. (2020). *Imperialism and the Developing World: How Britain and the United States Shaped the Global Periphery*. Oxford University Press.